

pag. 7.297

ABONO.

UN MES EN MADRID

6 REALES.

POR TRES MESES

16 REALES.

EN PROVINCIAS

UN MES 8 REALES

TRES MESES 20 REALES



ESTRANJERO.

POR UN TRIMESTRE

40 REALES.

NUMEROS SUELTOS

I - R

REDACCION

Y ADMINISTRACION.

CALLE DE ALCALÁ NUM. 18 SEGUNDO.

FIGARO,

PERIODICO COMICO, CRITICO-SATIRICO.

PUBLICACION ILUSTRADA.



LA OPINION PÚBLICA.

LA OPINION PÚBLICA.

¿Dónde está la opinion pública?...

Ahi la teneis, amables lectores, en forma de orquesta, pero de orquesta tan heterogénea, tan desatemplada, que casi hay que taparse los oidos para no oirla.

Los periódicos todos pretenden ser ecos de la opinion pública.

Cada periódico tiene su manera distinta de ver las cosas.

Luego cada periódico es eco de una opinion pública distinta.

Luego hay muchas opiniones públicas.

Luego la opinion pública se ha descompuesto de tal modo, que está hecha girones, y cada periódico tiene por bandera un giron de la opinion pública.

¡Ahi los teneis!

Ved la vetusta *Esperanza*, que toca el piporro, y aun pretende ser el eco de la opinion pública...

¿De qué opinion pública es eco *La Esperanza*?...

La contestacion es ociosa; lo mismo tiene que ver *La Esperanza* con la opinion pública, que el alma de Garibay con *La Correspondencia de España*.

Si fuera posible que nuestros lectores oyeran el conjunto musical que producen todos esos instrumentos tocados en distintos tonos, á un tiempo, es muy posible que FIGARO tuviera dentro de poco el disgusto de saber que todos sus suscritores habian quedado sordos.

La Correspondencia toca en el organillo aquello tan sabido de

La donna é mobile.

El Constitucional toca los platillos sin ton ni son, asi como *El Diario Español* toca los chinoscos, porque se hace la ilusion de que todos los que leen sus elucubraciones son chinos.

El Contemporáneo, tan elegante y atildado, toca el piano *forte*...

La Epoca no puede con el bombo...

Iberia y *Las Novedades* nos recuerdan con el tambor y la corneta aquel tiempo en que haciamos el ejercicio los domingos y fiestas de guardar, en el paseo de la Fuente Castellana, y en el átrio del ministerio de Fomento; aquel dulcísimo tiempo en que nuestras mujeres y nuestros hijos, vestiditos de uniforme, iban á gozar en la contemplacion de nuestro marcial aspecto y singular habilidad en el manejo del arma.

¡Cuántos amantes desdeñados cautivaron corazones hasta entonces desdeñosos, con solo ponerse el uniforme de los artilleros rodados!...

Ahi teneis al *Pueblo*, tocando la bandurria como quien ni teme ni debe.

¡Paso á *La Discusion*!... Su instrumento es la lira.

Como acostumbra pasearse por los espacios imaginarios, hemos elegido para ella el instrumento menos vulgar...

La España toca el figle; este es el instrumento indispensable en toda murga bien organizada, si cabe organizacion en una murga, y *La España* tiene gran apego y superior veneracion á todo lo que el tiempo sanciona. El figle ha resistido á todas las innovaciones musicales hechas hasta el dia, y el tiempo ha venido á demostrar que el figle es el instrumento inviolable por decirlo asi.

Nuestros lectores comprenderán lo delicado que es el asunto de que tratamos, y nos dispensarán si este artículo se parece un poco en lo confuso á la murga de los ecos de la opinion pública.

Sería muy fácil que sin intencion, sábelo Dios, se nos fuese un pié—(una mano mejor dicho, pues no escribimos con los piés)—y este artículo pareciese otra cosa de lo que es al señor fiscal de imprenta.

Escribir sobre la opinion pública no deja de ser un poco peligroso y ocasionado á incurrir en el desagrado de la opinion pública misma.

Por eso creemos que este artículo es completamente ocioso, es decir que está demas, que no hacia falta.

El dibujante ¡ha representado la opinion pública, tal cual la ven nuestros lectores.

Ellos pueden hacer los comentarios á que se presta esa opinion pública, fielmente representada por cada uno de sus instrumentos, al decir de estos mismos, y mucho mas fielmente representada por nuestro dibujante.

NOTICIAS, RASGOS Y RASGUÑOS.

Los periódicos vienen estos dias dando cuenta de reclamaciones infundadas, y alardes de descaro de ciertos reos de grandes crímenes sometidos á los tribunales.

Creemos, salvo mejor parecer, que una vez sometidos á la accion de la justicia, no debia hablarse mas de los criminales, y mucho menos copiar sus insolencias.

El criminal, en el mero hecho de serlo, queda excluido de la sociedad, y solo la justicia, en desagravio de la misma, debe decidir su suerte.

Estos dias hemos visto á *La Discusion* y *La Epoca* ponerse como ropa de pascuas, sosteniendo aquella que no debia pagar ciertas multas y no las pagó, y esta que el gobierno le hizo gracia de ellas, y que *La Discusion* pidió gracia al gobierno.

La politica, en España, parece una casa de vecindad; je de Tócame Roque, por ejemplo.

Esto no es recojible, estimado señor fiscal de imprenta.

—Usted es un pillito.

—Señores, que me llaman pillito.

—Llámele V. á él feo.

—Usted es feo.

—Señores, que me llama feo.

—Vamos, caballeros, no hay que incomodarse; entre amigos, no ha de haber un disgusto.

—Tiene razon mi amigo; dénese Vds. las iranos, y pelillos á la mar.

—Pues bien; yo he llamado pillito al señor, pero lo que quise llamarle, era hombre de bien.

—Pues yo le he llamado á V. feo, creyendo que esa palabra era sinónima de hermoso.

La zarzuelita *El juicio final*, entretuvo el jueves al público, no muy numeroso, que asistió á su estreno. Vale bien poco.

Se prepara una titulada *Por sorpresa*. Si es buena, será una verdadera sorpresa para el público.

En el *Diario de Avisos* hemos visto un anuncio firmado por el señor duque de Sexto, convocando á la subasta para la construccion de no sabemos cuántos...

La palabra no saldrá de los puntos de nuestra pluma; pero para que el público nos entienda, diremos que la construccion de que se trata es la de esos recipientes colocados de trecho en trecho en las calles de la villa, ya en los rincones, ya en forma de gallardos templetos en las plazuelas, en el Prado y en las calles anchas.

Pero la frase usada en el citado documento por la primera autoridad de Madrid, que lo firma, la es mas vulgar, irreverente y chavacana, por mas que sea la mas gráfica.

Parécenos que de otra manera podia haberse dicho.

El Sr. D. Manuel Carrion, tenor español del teatro Real, es en el anuncio de su beneficio *Enmannuelle Carrion*.

Esto nos hace el mismo efecto que si Victor Manuel quisiera llamarse D. Manuel.

Al decir de algunos periódicos, el general Ametller ha compuesto la letra y la música de una ópera.

¡Sopla!

Han comenzado los conciertos de la sociedad artistica de Socorros mútuos, en el salon del Conservatorio.

Estos conciertos, de los que nos ocuparemos detenidamente, pueden ser de mucho provecho al arte y á los artistas, así como tambien despertar la aficion entre el público, y formar su buen gusto músico.

Todas las personas que en ellos toman parte, merecen elogio; el maestro Gaztambide, que los dirige, demuestra plenamente que es uno de los primeros músicos españoles, y sin disputa, el mejor de los directores de orquesta.

Hallegado á esta córte, procedente de Málaga, donde ha pasado el invierno, la distinguida actriz señorita doña Josefa Murillo.

Parece que no será muy larga su permanencia en esta córte.

El sábado debia representarse en el teatro de la Zarzuela una titulada *Oros y Bastos*, pero en el ensayo general se retiró esta obra, muerta antes de nacer.

Parece que el autor habia errado el palo, y era lo mas probable que si al público le hubieran dejado meter baza, el público le hubiera dado con el palo.

Se vá á poner en escena en el teatro de la Zarzuela, al mismo tiempo que en el de Barcelona, una de D. José Zorrilla, nuestro gran poeta lírico, titulada *Amor, arte y poesia*.

¡Una zarzuela nueva en Jovellanos!...

¿Para qué os quiero, piés?—cual dije—manos.

Parece que al fin se prorogará la temporada en el teatro Real. Esta es la proteccion que se dá en España á los españoles.

El Sr. Bagier tendrá abierto su teatro todo el tiempo que quiera, y conservará su privilegio para ser el único empresario de ópera italiana.

Y si esto perjudica á las empresas españolas no importa.

Para eso son españoles.

¡Es mucho país este!—Seguimos echando al país la culpa de todo, en prueba de que siempre paga el justo por el pecador.

El Sr. D. Florencio Moreno Godino, que salió de esta córte para Valencia con objeto de inspirarse en las aguas del golfo, y escribir una oda al mar, se halla en dicha ciudad, segun nos escriben de la misma, ocupado de su espinosa tarea.

Le deseamos un feliz éxito en tan gran empresa, y su pronto regreso á esta, donde le esperan con impaciencia sus numerosos amigos, y todos los amantes á las bellas letras.

LA HUERFANA.

A ELISA.

¡Ay! madre, desde el cielo
dó vives ángel,
vela por mí, que vivo
temiendo males.

¡Ay, madre mía!
¿por qué no fué tu muerte
fin de mi vida?

Yo no sé que peligros
hay en el mundo...
Solo sé, madre mía
que temo y dudo!...

¡Ay! no temiera
si tu la flor cuidarás
de mi inocencia!

Si cruzando del bosque
las soledades,
escucha el triste canto
de tiernas aves;

Temores siento
de que su canto sea
fatal agüero!...

Si en las flores se fijan
los ojos míos,
cuando esmalta sus cálices
dulce rocío,

Lloro con ellas,
que presumo que lloran
al ver mi pena.

Si al azote del viento
gimen los árboles,
y sobre mí sus hojas
temblando caen.

¡Ay! madre mía!
parecenme suspiros
que tú me envías.

Pero voy á cojerlas,
y advierto, madre,
que lejos de mí, lejos
las lleva el aire.

Yo las persigo,
pero vuelan y vuelan,
y al fin me rindo.

Y contemplando cómo
de mí se alejan,
pienso que así me avisan
mi suerte adversa.

¡Ay! serán, madre
mis ilusiones hojas
que lleva el aire?...

Y sabes, madre mía,
por qué presumo
caer en los peligros
que hay en el mundo?...

¡Madre del alma!...
por qué estoy en él sola
y enamorada!...

HALEVY.

Este célebre compositor ha muerto en Niza el día 18 de marzo actual. Su cadáver, trasladado á París, fué sepultado el viernes 21, á presencia de un numeroso concurso, compuesto en su mayor parte de músicos, periodistas, autores dramáticos y admiradores del talento del famoso maestro.

Santiago Elías Fromenthal Halevy, nació en París el 29 de marzo de 1799, de padres israelitas, llamados primitivamente Levy.

Entró en el Conservatorio en 1809, y recibió de Cazot lecciones de solfeo, haciendo tan rápidos progresos, que el año siguiente ya pudo comenzar el estudio del piano bajo la dirección de Carlos Lambert.

En 1811 estudió la armonía con Berton, y durante cinco años el contrapunto con Cherubini. Hizo oposición por primera vez en 1816 al premio de composición, y lo obtuvo en 1819 por su cantata *Hermínia*. En 1820 tuvo encargo de escribir y escribió la música de un *De profundis*, sobre las palabras hebraicas de esta oración, en honor del duque de Berry.

Después de permanecer dos años en Italia, pensionado por el gobierno, procuró darse á conocer, á pesar de las dificultades que tiene que vencer todo compositor, que comienza su carrera. *Los Bohemios*, obra escrita antes de su viaje á Italia, *Pygmalion*, y los *Dos Pabellones*, compuestas allí, no lograron ser puestas en escena.

Cinco años después, en 1827, logró hacer oír en Feideau, aunque con poco éxito, *El Artesano*, ópera cómica en un acto. El año siguiente compuso con Riffan, para las fiestas de Carlos X, una obra de circunstancias *El Rey y el Barquero*, que empezó á dar á conocer su nombre. En 1820, dió á los italianos *Clarís*, ópera en cinco actos, con un papel para la Malibrán.

Durante los cinco años siguientes, Halevy dió con varia fortuna, con mucho éxito unas veces, y otras con poco ó ninguno, *El Dilettanti de Avignon*; *Manon Lescaut*, baile en tres actos; *La Lengua musical* con M. C. Gide; *La Tentación*, ópera baile en tres actos; *Los Recuerdos de Lafleur*, y acabó la partitura de *Ludovico*, ópera en dos actos comenzada por Herold, é interrumpida por la muerte de este compositor, ocurrida en 1833.

La obra maestra de Halevy, *La Judía*, apareció en 1835. En esta obra, que hace época en su carrera musical como *Guillermo Tell* y *Roberto el Diablo*, en las de Rossini y Meyerbeer, Halevy desplegó toda la fuerza de su talento, toda la elevación de su estilo, toda su riqueza de instrumentación; *La Judía* se representa en todos los teatros de Europa.

Hé aquí las obras de Halevy, posteriores á *La Judía*:

Guido y Ginebra ó la Peste de Florencia, ópera en cinco actos, en 1838, y en el mismo año *El Relámpago*, ópera cómica en tres actos, cuya música graciosa y ligera, mereció grandes aplausos; *Los Trece* (1839); *La Bandera*, ópera en tres actos (1840); *La Reina de Chipre*, ópera en cinco actos (1840); *El Guitarrista*, ópera cómica en tres actos (1841); *Carlos VI*, ópera en cinco actos (1842), algunas de cuyas piezas han alcanzado gran popularidad; *Los Mosqueteros de la Reina*, ópera cómica en tres actos (1846); *El Valle de Andorra*, tres actos (1848); *El Nabab*, tres actos (1853); *La Tempestad*, ópera fantástica, sobre un libreto italiano y representada en Londres con gran lujo de decoraciones; *El Judío Errante*, ópera en cinco actos (1855); *Valentina de Aubigne*, ópera cómica en tres actos (1856); *La Mágica*, ópera en cinco actos (1858); *Jaguarita la Indiana*, etc., etc.

Halevy, que frecuentemente ha encontrado como compositor la melodía graciosa y original ó los efectos dramáticos de gran relieve, brillaba mas particularmente por su profunda ciencia música, si así puede decirse.

Muy versado en el conocimiento de la fuga y el contrapunto, brilla siempre en las piezas de conjunto, en los coros y en la orquesta.

Sus obras todas están escritas con admirable conciencia y pasmosa minuciosidad, y su estilo es, por decirlo así, un término medio entre la escuela francesa y la alemana.

Halevy ha obtenido muchos honores y grandes recompensas, nunca tan grandes como su talento. Era profesor en el Conservatorio desde 1833, de la Academia de Bellas Artes desde 1836, en reemplazo de Reicha, y desde la muerte de Raoul Rochette (1854),

secretario perpetuo de la misma Academia. En su calidad de académico, ha escrito diversos discursos ó necrologías relativas á sus compañeros.

Halevy deja escritos muchos artículos de crítica musical, publicados en los principales periódicos de París.

Condecorado con la Legion de Honor, en recompensa de *La Judía*, fué nombrado oficial en abril de 1845 y encomendador en 1858.

EL BARBERO.

Todo está compensado en el mundo. El hombre constituido en sociedad tiene por ende inmensas ventajas y grandes derechos, de que carece el nacido en los pueblos salvajes; pero cuantas mas ventajas y mas derechos de la civilización, tantas mas necesidades le crea, necesidades que no preocupan jamás á los bárbaros, que las desconocen. Visto el epígrafe de este artículo, ya comprende el lector que una de esas necesidades que pesan sobre el hombre civilizado es la necesidad de afeitarse.

Dichosas las mujeres que no conocen esa necesidad, aunque las hay que tienen muy buenos bigotes, como vulgarmente se dice.

El joven imberbe suele tener hambre y sed de barbas, y el día mas feliz de su adolescencia es aquel en que sobre el lábio superior advierte una ligera sombra, que le asegura para algun tiempo después un bigote como el de su padre. Es que no sabe aun qué cosa es afeitarse, que si lo supiera, ese día seria el mas triste de su vida; es que su deseo de ser hombre y tenido por tal, le preocupa de manera que olvida en sus ilusiones cuánto cuesta aquel bozo que luego se torna espesísimo bigote y enmarañada barba; es que no conoce á ningún barbero, ni puede formarse idea de lo que sufre el hombre condenado por la civilización y por su indolencia ó su ignorancia á entregarse en manos de un barbero, que tiene el privilegio de hacer armas contra el prógimo sin ser llevado á la cárcel, ni sometido á tribunal alguno.

La naturaleza que para invenciones caprichosas se pinta sola, quiso divertirse con el hombre, y le dió las barbas, y luego la moda y el bien parecer, y hasta el ornato público quisieron aumentar la diversion, obligando al hombre á quitarse hoy lo mismo que tendrá mañana para quitárselo otra vez y volverlo á tener pasado mañana.

El hombre se puede desprender de todo, hasta de los sentimientos mas arraigados en el hombre, pero no puede desprenderse de las barbas; un hombre acaba de afeitarse, y se pasa con satisfacción la mano por la cara hallándosela suave y tersa y limpia; va á visitas ó al baile, y vuelve á su casa, y al pasarse otra vez la mano por la cara, ya la encuentra áspera y sembrada de puntos negros ó blancos, que se multiplican prodigiosamente en pocas horas.

La barba, al mismo tiempo que declara la fuerza del hombre, le advierte su debilidad y su pequeñez. El hombre que tanto puede, no puede usar contra la barba otras armas que una navaja de afeitar, bajo cuyo filo vuelve á nacer invariablemente, y hasta que el hombre dá con su cuerpo en tierra, la misma barba mas espesa, mas fuerte cada vez.

Hay muchos hombres que no tienen pelo de barba, aunque lo tengan de tontos; creará algun barbudo que estos son felices, por estar indultados de la necesidad de afeitarse; pues no señor, son mucho mas desgraciados, porque les mortifica la idea de que se les considere hombres débiles y afeminados, pues sabido es que, á pesar de los progresos indudables de la civilización, y de que esta nos haya traído la fuerza de la razón, y pretenda desterrar del mundo la razón de la fuerza, la condición humana y las ambiciones, que se aumentan á medida que se aumentan las necesidades, asegura siempre cierta superioridad sobre el débil y pusilánime al hombre de pelo en pecho, y echado para adelante.

Pero basta de barbas, y presentemos en escena al barbero.

Como la mayoría de los hombres se compone de gente por extremo apática é indolente, que es la que, con perjuicio propio, hace el caldo gordó á la minoría laboriosa y vividora, cuando el hombre activo co-

menzó á sentir la necesidad de afeitarse, el hombre perezoso sintió la necesidad de que lo afeitaran.—Y de estas dos necesidades iguales y distintas dedujo un tercero la conveniencia en pro de sus intereses de afeitarse al segundo, halagando á un tiempo y explotando el vicio de la pereza, que es el vicio mas español de todos los vicios.

Y ese hombre fué el primer barbero; la historia no nos dice su nombre. La modestia era *in illo tempore* (y lo digo en latin porque en español no sé en qué tiempo nació el primer barbero) compañera inseparable del trabajo y el mérito.

Ya conoce el lector al barbero, amigo del cura, que nuestro inmortal Cervantes nos presenta en su *Ingenioso hidalgo*; pues ese es el tipo mas exacto del barbero, y no hay mas que recorrer los pueblos de la Mancha para encontrar en cada uno un barbero, que parece hijo del hijo, del hijo del hijo de aquel.

El barbero en esos pueblos es un personaje; si se votara una ley radical de incompatibilidades de oficios y artes, y cargos públicos, el barbero del pueblo perdería toda su importancia, porque no podría ser barbero, y sacristán; y secretario del ayuntamiento, y pasante de la escuela, y algunas veces organista.

El barbero en Madrid no es mas que barbero, y lo mas cursante de cirujía menor, que es la condicion mas infima de la ciencia de curar.

Cada dia afeita á veinte ó treinta de sus semejantes, por un misero jornal, y un par de horas libres para asistir á cátedra, y con ese jornal, cuidadosamente conservado, llega á reunir la cantidad precisa para la reválida, obtenida la cual queda autorizado para vivir harto trabajosamente ó morir de hambre el mejor dia del año.

Si otro hombre, el de mas modestas aspiraciones, no esperara otra cosa mejor del porvenir, se daría á todos los demonios; y amargamente deploraría lo aciago de su suerte y lo precario de su situacion presente y futura; pero el barbero, que es filósofo, espera con ánimo sereno la reválida; y, convencido de que ser poco y querer ser mucho son dos males, y tres pensar en los rigores de la fortuna, rara vez está triste, y rara vez se le encuentra sin ganas de jugar una brisca ó de echar una copla, acompañándose con una vihuela, instrumento indispensable de todo barbero.

Y es que el barbero ha nacido para ser barbero; es que en el vientre de su madre era barbero ya; y al llegar á la edad en que el niño empieza á ser hombre

y tiene que empezar á ser algo, la misteriosa revelacion de su instinto le lleva á poner la mira en las barbas del vecino, y la mano en la navaja fraticida.

Entre otros caprichos extravagantes tengo el de creer firmemente que los maestros de escuela, los veterinarios y los barberos han nacido predestinados para esos oficios; que estos oficios no se han hecho para algunos hombres, sino que por el contrario, algunos hombres han sido hechos para estos oficios.

Y no se diga que el barbero no sabe hacer otra cosa que afeitar, no señor; el barbero canta, toca, declama y baila.

Sus instrumentos favoritos son la guitarra, la bandurria y la flauta; sus canciones son todas las canciones populares, de que es tan pródiga nuestra España, y que no ceden si es que no aventajan en poesia, sentimiento y gracia, á las de los países mas favorecidos por la musa popular; las comedias favoritas que representan cada mes en un teatrillo de los llamados caseiros, *El Puñal del Godo*, *Verdugo y Sepulturero*, etc., etc. y sus bailes los famosos de Capellanes y Recoletos.

Tambien tiene su literatura preferida, y es digna de elogio esta aficion, por mas que su literatura sea la de *María la hija de un jornalero*, *El palacio de los crimenes*, *El tigre del Maestrazgo*, *Los misterios de la inquisicion*, *El pueblo y sus opresores*, *La bruja de Madrid*, *Los mil y un fantasmas*, *Las catacumbas*, y otros libros cuyos titulos ó rótulos escitarían horriblemente los nervios de las nueve hermanas, si las nueve hermanas no estuvieran ya curadas de espanto con las cosas que se ven en estos tiempos, incluso los arreglos del francés que se hacen para llamar á la puerta de la Academia española, entrar, leerlos y tomar asiento.

El barbero está siempre enamorado: unas veces del criado del piso principal, otras de la doncella del marqués de enfrente, otras de la modista de al lado, y otras de la maestra. En este último caso se espone á dos males infaliblemente: á que el maestro, si aquella es casada, le rompa la vihuela en las costillas, ó, si es viuda, á casarse con ella, para que á lo mejor le eche en cara su pobreza, y le recuerde que por ella está establecido y tiene para comer un puchero, y que el vino con lo puesto, y que sin ella no tendría ni una mala navaja, ó en fin, para que el dia menos pensado se presenta otro mancebo, y como él hizo, haga el amor á la maestra, y esta y el enemigo de su paz conyugal se echen á pensar cuán felices serán cuando al maestro se le lleven los mismísimos demonios.

El barbero no fia nunca en su elocuencia cuando está enamorado, y prefiere escribir; es que todas las novias de barbero reciben una primera carta, que invariablemente comienza con estas palabras:—«Desde el momento que tuve la dicha de ver á V...» y acaban con el consabido y sospechoso *buen fin*, y otros lugares comunes que hasta para las mujeres huelen á puchero de enfermo ó á tonto que traseienden.

Las mujeres,—y esto es verdad aunque parezca mentira—no forman el mejor concepto del hombre que dice el primer dia que su fin es visitar la vicaria, por mas que en esta santa casa tengan puestos los ojos casi todas las mujeres, esperando el momento de poner tambien los pies. Y es que la esperiencia va haciendo muy incrédulas á las mujeres, y cuando alguno les dice que viene con buen fin, y con intencion de doblar la cerviz y tomar estado, dicen ellas para sus adentros, como santo Tomás bendito:—«Ver y creer.»—Creo que este sistema es el mejor.

El barbero tiene tambien su opinion política, y hasta su sistema de gobierno: solamente que su opinion es siempre la del periódico á que está suscrito el maestro para ilustracion de los parroquianos, y cuyas ideas, apreciaciones y noticias exagera caprichosamente. Por ejemplo, dice el periódico que Garibaldi ha derrotado á 20 soldados reales, y él aumenta hasta 20,000 el número de estos; dice que se ha caído de un andamio un trabajador y se ha roto una pierna: el barbero lo mata en el acto y hasta asegura haberlo visto caer y morir. Y todo esto y muchas cosas mas, lo cuenta el barbero al parroquiano, mientras le llena de jabon la cara, y hasta los ojos, haciéndolo tragar de cuando en cuando, ó mientras le recuerda el martirio del glorioso San Bartolomé, raspándole los carrillos hasta que salta sangre.

El pobre que contesta afirmativamente; cuando el barbero le dice: «¿Quiere V. que le descañone mucho?» ó tiene un cutis como la piel de un camello, ó una cara mas vieja que el mismo y quiere que se la ponga como nueva, ó sufre persecucion por la justicia, y en lugar de disfrazarse, entrega el rostro al barbero para que se lo desfigure.

Pues, y cuando el barbero le mete á un cristiano en la boca los pecadores dedos llenos de jabon, aceite, pomada, bandolina y humo de tabaco? ¿Y cuando, mientras con una mano le pasea la navaja por la barba, con la otra le agarra de la punta de las narices, y apenas le deja respirar?... ¿Y cuando le hace echar la

RECUERDOS DE UN VIAJE.

Encontrábame un dia del mes de mayo á la orilla del rio Medina que recorre mansamente gran parte de la pintoresca y risueña isla de *Wight*, á donde habia ido con objeto de perfeccionarme en el idioma inglés. Subia una pequeña cuesta á lo largo del rio y las ranas, asustadas por cada paso que yo daba, se lanzaban con velocidad á sumergirse en su mansa corriente. Me senté en un sitio donde se oia el dulce y monótono ruido de un Molino. No sé por qué, aquel dia me hallaba triste; estaba inmóvil, pensativo y miraba como corría el agua, cuando unos pasos próximos me sacaron de mi desvario. Eran dos mujeres que se acercaban al mismo sitio.

La primera, como de unos 42 á 45 años, era una de esas personas de fisonomía franca y simpática.

Su estatura era regular, su porte magestuoso, y la dulce solicitud con que parecia guiar los vacilantes pasos de su compañera, la hacia aun mas interesante. La otra, que podría tener de 20 á 21 años, era una jóven de una belleza singular. Sus sedosos y hermosos cabellos negros como el ébano formaban un contraste tan poco comun con sus limpidos y melancólicos ojos azules, que parecia una hada de las fantásticas baladas alemanas. Sus manos blancas y bien formadas, su aire meditabundo y triste, su conjunto gracioso y apacible al mismo tiempo, introdujeron un frio intenso en mi corazon. Se sentaron en un banco junto al mio y me saludaron con una pequeña inclinacion de cabeza. El silencio que en aquellos lugares reinaba, las impresiones tristes y dolorosas que á mi imaginacion se aglomeraban, todo, en fin, convidaba al reposo y á la meditacion. Me hallaba embebido en estas reflexiones, cuando la jóven á quien habia admirado momentos

antes, se levanta, se dirige al sitio donde yo estaba y sentándose á mi lado me dice:—«Ricardo! al fin te vuelvo á ver, ¿cuánto has tardado! ¿Será posible que te hayas olvidado de mí? no puedo creerlo porque me sería insoportable. Habla, dime por qué no has venido antes; todos los dias te esperaba sentada en la misma ventana desde donde te vi partir;» y esto lo decia con voz conmovida, con los ojos llenos de lágrimas y jugando sus afilados dedos con la cinta azul de su vestido. Mi asombro fué grande. ¿Quién era esta mujer que no me conocia y que sin embargo se acercaba á hablarme con la mayor ternura? ¿Sería alguna pobre loca ó tendría yo la desdicha de parecerme tanto á Ricardo que me hubiese confundido completamente? No acertaba á contestarme, pero la otra señora que la acompañaba vino felizmente á poner término á mi natural embarazo.—«Perdonad, caballero, me dijo saludándome, perdonad que interrumpamos vuestro paseo, pero la conducta de mi sobrina os ha debido de extrañar sobremanera; sin embargo, cuando sepais el estado en que se halla y las desdichas que nos rodean, quizá os compadezcáis de ella. Veis esa pequeña casa antes de llegar al recodo que forma el camino—me dijo señalándome con el dedo una casa de aspecto sencillo—pues es nuestra morada, y me atrevo á ofrecéroslo, seguro de que tendremos un placer en que la frecuentéis.»—«Señora, la contesté, os doy un millon de gracias por vuestra amable invitacion, y os suplico creais tendré un gusto especial en ir á ponerme á vuestras órdenes.»—«Adios, pues, caballero, cuento con vuestra palabra;» y dirigiéndose á su sobrina añadió:—«Ana, es tarde y la humedad de la noche puede hacerte daño, retirémonos.» Apenas pronunció estas palabras cuando la jóven se levantó sin murmurar, y dirigiéndose una larga y profunda mirada, se alejó apoyada en el brazo de su tia.

Continué mi solitario paseo pensando en mi jóven

desconocida hasta que la oscuridad vino á sorprenderme.

Pasé una noche agitada é inquieta y los primeros albores del dia viniendo á apaciguar mi acalorada imaginacion, me hicieron dejar la cama para respirar el fresco y saludable ambiente de la mañana. Me acuerdo perfectamente, el sol, que empezaba á recorrer su carrera, anunciaba uno de esos dias tan raros en la nebulosa Inglaterra. Se respiraba con libertad el aire balsámico de la mañana y los sencillos campesinos se dirigian cantando alegremente á sus faenas ordinarias. Es un admirable espectáculo ver salir al sol en un campo risueño sobre una colina donde el ojo del observador abarca varias leguas de distancia. A vuestra derecha árboles copudos y corpulentos que parece desafian al mismo cielo; en frente grandes prados llenos de verdura, á los cuales la rojiza luz de la mañana, da un tinte de color de fuego; mas allá las tranquilas y cristalinas aguas del Medina, que van á perderse en el horizonte, y despues en el fondo, nubes purpúreas que se mezclan á esas líneas azules formadas por las montañas y que vistas de lejos forman el marco de este magnifico cuadro. Sin embargo, nada de esto me llamaba la atencion, no podia deshechar de mi mente la casi fantástica aparicion de Ana, y todavia resonaba en mis oidos el timbre armonioso de su voz.

¿Quién era ese Ricardo? ¿qué desdichas eran esas que rodeaban á esa infeliz familia? ¿Tan jóven y estaría ya condenada á sufrir!—A la tarde llamaba en casa de Ana, no pude contener por mas tiempo mi impaciencia.

Era una bonita casa de campo con balcones á un jardin lleno de flores muy bien cuidadas que exhalaban un perfume delicioso. Una fresca aldeana me condujo á un sencillo y elegante salon donde esperé anunciar mi visita.—Os esperaba—dijo la tia de Ana al entrar, indicándome un asiento al lado del suyo.—

cabeza atrás, y en esta violenta postura le acaricia la garganta con el instrumento con gran peligro de hacer una barbaridad?

Pues, y el pobre que está constipado, y se pone á que lo afeiten, esponiéndose al primer estornudo á quedarse sin decir «Jesus?»

Y á todo esto, el barbero sin cesar de hablar, y haciendo grandes elogios de la barba de V. por lo espesa y lo fuerte, y contándole á V. todo lo que sabe, y preguntando todo lo que ignora, y sobándole á V. con un esmero digno de mejor empleo.

Y V. allí sin poder moverse, sin poder salir de su dominio hasta que está V. sobado, rasurado, descañonado, lavado, empolvado, peinado y desollado, todo por un real de vellon y la propina.

Si es V. mas perezoso que los demás hombres y prefiere V. que el barbero le afeite en su misma casa, sufrirá lo mismo que el parroquiano de la barbería, y mayor dosis de conversacion y noticias políticas, sobre que el mancebito le levantará á V. de cascos á la doncella, y con achaque de que es el barbero entrará sin anunciarse, y sabrá si V. come, si V. cena, si usted tiene dinero, si tiene algun belen, si conspira, si se quiere pegar un tiro, si hace cocos á la viuda de enfrente, etc.

Y si es V. ministro, ó general, ó diputado, ó director, ya puede V. prepararse para oír todos los dias las instancias del pretendiente mas porfiado y tenaz, y las peticiones mas absurdas y extravagantes: porque lo que él dice, como todos saben que le afeita á V., todos creen que debe tener gran influencia, y que lo que V. no haga por su barbero, no lo hará por nadie. Y guárdese V. de complacerle una sola vez, porque entonces sus exigencias no tendrán fin, hasta que usted lo eche con cajas destempladas cuando le pida á V. para el mismo una administracion de correos, ó una secretaria de gobierno civil, ó que le den un título de médico-cirujano sin ser mas que sangrador, ó que de los siete años de la carrera, le dispensen de real orden seis y medio.

El será despues enemigo irreconciliable de V., y de V. dirá tales cosas, que habrá que taparse los oídos, pero esto es preferible al continuo martilleo de sus pretensiones, y á sus eternas conjeturas políticas, y á la marcial franqueza con que le trató á V. mientras le tuvo por su parroquiano.

Los periódicos han referido miles de anécdotas, en las que figura en primer término un barbero, y mu-

chas podría yo referir; pero como aquellas y estas son muy conocidas,—tal es la popularidad de los barberos,—haré gracia de ellas al lector.

Los barberos en Madrid, no son ya generalmente como eran antes; hoy hay muchas barberías ó peluquerías lujosamente montadas, en las que se afeita á los que no saben ó no quieren afeitarse ellos mismos, con aseo y comodidad, pero no por eso han desaparecido las barberías propiamente dichas, cuyos dueños son á la vez cirujanos comadrones, y vacunan niños, y examinan nodrizas, y aplican sanguijuelas á domicilio.—Es de esperar que andando el tiempo, estos beneméritos profesores cedan las barbas del vecindario á los peluqueros, y se contenten con los resultados que les da su práctica en la obstetricia.

El barbero, que será eterno, será el barbero ambulante; el que lleva consigo el yelmo, ó sea la vacía, el agua caliente, y el jabon, y en medio de la calle ó en un portal, coje á un cristiano aguador ó mozo de cuerda, ó pobre de solemnidad, y por cuatro cuartos, *cara al sol*, y seis á la *sombra*, le pone mas guapo que el guapo Francisco Estéban.

Ese barbero ambulante ha perdido ya la costumbre de llevar una nuez y meterla en la boca de los parroquianos; pero en cambio con el agua que baña el rostro cariacañecido del primero á quien afeita, baña el del segundo y el del último.

Para concluir diré que el barbero que yo prefiero es *El Barbero de Sevilla*.

DE LONDRES Á MADRID.

I.

MISTER BURK Y YO,

ó

MI PRIMERA LECCION DE MÚSICA.

Allá por el año de gracia de mil ochocientos cincuenta y tantos, me hallaba, querido lector, en la nebulosa capital de la inhospitalaria Inglaterra á donde me habia arrojado la intolerancia política de uno de los diferentes partidos que han afligido, afligen y que, aun me atrevo á decir afligirán á nuestra madre España.

Sin bienes de fortuna de ningun género, sin parientes ni amigos ni relaciones de ninguna especie, en una palabra, sin mas recursos que la esperiencia que se adquiere al alto precio del infortunio, me encontraba en la pérdida Albion tan mimado y cómodamente como puede hallarse cualquier individuo hospedado en casa de sus suegros.

Cansado de dirigir mis súplicas al cielo sin obtener inspiracion alguna, me ocurrió la feliz idea de mirar

en mi alrededor y al suelo, recurso comun entre los desgraciados en cuyas almas comienza á extinguirse la llama de la fé.

Hasta el dia á que me refiero, cometí la torpeza de hablar la verdad en todo y á todos, trasformando esta palabra *santa* en sanguinario instrumento de mi propio suicidio...

«Hagamos una prueba, me dije, veamos si tomando la vía opuesta que he seguido hasta aquí, vario tambien de fortuna.»

Y me levanté una mañana decidido á que no volviese á salir de mis labios una sola verdad, á no ser por que me equivocase.

«Yo no tengo el instinto del comercio, me decia, y lo que es peor carezco de metálico para ingerirme en él; no soy artista ni artesano, ni abogado ni médico, ni por mas que estudio el inglés consigo otra cosa que olvidar el régimen y la fraseología de mi lengua nativa, en una palabra, soy una especie de *sordo-mudo*.»

«Sin embargo, añadi, he nacido en la bella y filarmónica Andalucía cuyas costumbres, trajes y cantos populares llaman muchísimo la atencion de los hijos de este país, y en particular de las Miss, de las Mistress y de las Miladys; preciso es, pues, esplotar esta mina no obstante lo atrasado que me hallo en materia de mineralogia.»

Y me lancé á la calle arrullando mi luminosa idea, con rumbo hácia la morada de cierto torero conocido mio, que á la sazón se hallaba en Lóndres.

Le hallé en casa, le saludé, tomé asiento, y di principio al siguiente diálogo:

—Paisano, vengo á poner á prueba su amistad de V.

—Compare, toico el que me á provao, hasta la presente me á jayao de *asucar é canela*; digo, porque yo tengo siempre sien riales pa servi á una perzona é mi gusto.

—No se trata de eso precisamente; es otra clase de favor el que vengo á pedir á V.

—Pues acaboste de esplicarse y sabremos que es lo que va á jacer.

—Necesito que me preste V. un traje de toreo, hasta dentro de unos dias que recibiré otro que tengo encargado á España.

—Camará... ¿se vá osté á meté á torero aquí, donde los vichos no embisten?

—No, señor, es para retratarme.

—Vamos, ya entiendo... alguna de estas Missss... ¡Caprichosas son las jembras de nuestaa tierra pero estas malditas se dejan atrás á las mosas de Triana!

—No se trata de eso, amigo mio, sino de que voy á darne á conocer como maestro de guitarra y de canciones andaluzas; y poniendo á la cabeza del anuncio mi retrato en el traje indicado, se me van á aparecer en mi casa los discípulos como llovidos del cielo.

—¿Y qué dua cabe en eso?

Y poniéndose de pié, abrió un guardarropa y me dijo:

—Tome osté de ahí toico lo que se le antoje.

Me acerqué al armario, escogí un traje de los mas *yamátivos*, comencé á desnudarme del mio, que era

«Comprendo vuestra impaciencia y voy á satisfacer vuestra curiosidad. Aquella jóven á quien visteis ayer, es hija de un hermano mio que murió hace mas de un año. Mi hermano, que era comerciante, tenia en la India un íntimo amigo suyo á quien los malos negocios y las fuertes calenturas que reinan casi siempre en aquellas apartadas regiones, le condujeron al sepulcro recomendando á la generosidad de su amigo un hijo de pocos años. Mi hermano creyó que era un deber sagrado recoger al hijo de su antiguo amigo, y pocos meses despues lo recibia en su casa con intencion de educarlo y ponerlo luego al frente de los asuntos de la casa. Ricardo que tenia seis años mas que Ana, era de un carácter dulce y tranquilo y nunca se le veia correr por la ciudad con otra porcion de jóvenes amigos suyos. Era estudioso, aplicado y de una penetracion sin igual, así es que todos le queríamos como si fuera de la misma familia. Desde niño su mayor placer era jugar con Ana, á quien amaba entrañablemente, y si alguna vez se negaba á hacer lo que se le mandaba, su mayor castigo era amenazarle con que no saldría á paseo con ella. Corrieron los años y con los años ese afecto que al principio era puro y desinteresado, se convirtió en una pasión profunda. Se amaban, y tanto mi hermano como yo, en lugar de alarmarnos, nos felicitábamos de que al fin se realizasen los proyectos que algunas veces habíamos formado. ¿Cuántas veces les he contemplado hácia la caída de la tarde cuando el sol iluminaba con sus débiles y pálidos rayos las pintorescas colinas de esta isla, ir agarrados como dos niños á pasearse por el jardín! No obstante, comprendiendo mi hermano que antes de unirlos para siempre sería conveniente el que se ejercitara fuera de casa en asuntos de otra naturaleza, le envió hace dos años á una compañía comercial de Liverpool prometiéndole dar por esposa á su hija despues de su venida. Marchó, pues, lleno de esperan-

zas, confiado en nuestra palabra y el amor de su prometida.

Ana tenia la costumbre de leerle las cartas á su padre, y un dia en que estábamos reunidos en aquel pequeño salon que da al jardín, nos leyó una carta del corresponsal de Liverpool en que nos decia que Ricardo habia muerto víctima del cólera que se habia desarrollado en la poblacion. No pudo continuar su lectura, pues se desmayó y cuando á fuerza de mucho trabajo pudimos hacerla volver en sí, era ya tarde, la desgraciada estaba loca. Su padre murió tambien á los pocos meses con el sentimiento de ver á su hija en ese estado, encargándose no la abandonara. Consulté á muchos médicos, y viendo que nada se adelantaba, realicé todos los valores que poseíamos y nos hemos instalado aquí con objeto de dedicarme esclusivamente al cuidado de mi sobrina. Su locura es original, siempre está tan obediente y tranquila como la visteis ayer, pero en cuanto vé algun forastero, en seguida se acerca á él creyendo encontrar á Ricardo; esa es la razon porque ayer os dirigió aquellas palabras. Vos pareceis extranjero, añadió despues de una pequeña pausa; quizá os halleis aquí sin parientes, sin amigos, así es que os ofrezco mi amistad y esta pequeña casa cuando querais honrarla con vuestra presencia.

Creo que hareis un bien muy grande á Ana y únicamente os suplico que si persiste en tomaros por Ricardo no trateis de desvanecer su ilusion.» Le di las gracias, prometí volverlas á ver, y sali triste y con el corazon conmovido. Al pasar por delante de la verja del jardín vi á Ana sentada en un banco de musgo deshojando una hermosa rosa con la distraccion propia de las que están en su estado.

Estoy seguro que mi fisonomia espresaba una profunda afliccion, al menos sentia que mi corazon se despedazaba de dolor y de lástima. Me era insoponible la idea de que no pudiera amarme nunca, esto me

desesperaba, me era insufrible.

. Pasaron muchos dias. Una tarde en que todavía no habia vuelto la tia de Ana de la ciudad á donde habia ido á un asunto, la encontré sola en el jardín; eran las siete, y la luna, esa hermosa reina de la noche, empezaba á elevarse en el horizonte. Ana estaba sentada en su sitio ordinario, tenia un libro en la mano, pero sus ojos recorrían con aire meditabundo el espacio que á su vista se desplegaba. Sus miradas estaban llenas de un fuego húmedo y toda su persona respiraba la tristeza y el amor. Estaba bajo una fascinacion poderosa. Experimentaba cerca de ella una emocion tan violenta, que me era imposible ocultarla. Empecé á tener miedo de mi mismo al ver que la amaba con tanto delirio. Me acerqué á ella, pero su distraccion era tan grande que no me echó de ver hasta que me hube sentado á su lado. Entonces es cuando vi que dos lágrimas silenciosas corrían por sus megillas. «Ana, la dije, con voz conmovida y estrechando su mano entre las mias, qué teneis, por qué llorais, ¿no sois acaso feliz entre vuestra tia que os ama y yo que ya no puedo existir sin vos?»—«¡Oh! sí, me contestó, soy feliz, muy feliz, amigo mio, pero si supiérais en qué pensaba, si supiérais en qué estaba abismado mi pensamiento, estoy segura participariais mi afliccion. Me imaginaba haber sido trasladada á un país muy lejano del mio en donde reina siempre una primavera eterna; me creia instalada en aquel hermoso país con las únicas personas que amo en este mundo, vos y mi tia; una bonita casa con su jardín para mis flores era nuestra modesta vivienda, y sin embargo nada faltaba en ella. Allá estaban mis libros, mi piano y hasta mis mismas flores, y la dulce brisa del mar que venia á mecer las hojas de los árboles susurraba á mi oído mil cantos incomprensibles.»—«¡Ana, por Dios, tened piedad de mí! no os dejeis arrastrar por

el único que poseía, y á los dos minutos me hallaba vestido de torero.

El dueño del mencionado traje era mas grueso y de mas talla que yo, pero como el cuerpo y la voluntad del pobre son elásticos, al mirarme al espejo, vi con satisfacción que no me hacía ni una sola arruga.

Envolví mi pantalon, chaleco, levita y demás prendas en un pañuelo, di las gracias á mi bienhechor y me retiré, encaminándome al Monte de Piedad á depositar en su ropero el traje con que habia salido de casa, el cual no debía volver mas á ella como verá mas adelante el paciente lector.

Una vez apreciadas las prendas único resto de mi fortuna, tomé lo que por ellas me dieron y me dirigí á un baratillo con el fin de hacerme de una guitarra vieja.

Efectuada esta última diligencia, comencé á caminar por la Cité con mi instrumento debajo del brazo, llamando la atención de cuantos hallaba al paso, sin esceptuar los perros que me ladraban á porfía.

Llegué á las oficinas de un diario de avisos é hice mi ajuste, mediante el cual se me debía anunciar, como así se verificó, en los siguientes términos:

D. N. H. de B., natural de España, nacido y criado en la flarmonía Andalucía, profesor de guitarra y canto, pensionado por SS. MM. la Reina Isabel y por los Emperadores de Francia, Turquía, Marruecos, la China y el Mogol; condecorado por todos los gobiernos de los países civilizados y por civilizar del globo que habitamos, etc., etc.

Ofrece sus profundos conocimientos como maestro de guitarra y canto al ilustrado público de Londres.

Dá lecciones á domicilio, y en su casa de 3 á 6 de la tarde y de 2 á 5 de la mañana.

Pigal Esquaret 38.

A la cabeza de este anuncio colocaron un grabado que en la imprenta habia, el cual representaba á uno de esos muchos ciegos que se ganan el pan cotidiano cantando por los barrios de Cádiz y Sevilla.

Escusado es manifestar la semejanza que se notaba entre el grabado y el original á quien pretendia representar, pero en fin, no era posible llenar con mas exactitud la medida de mis deseos y fué preciso que me conformase.

Me retiré á casa, dónde al presentarme á mi patrona, provoqué su admiración y hasta su risa, pero aprobó mi proyecto, en cuya feliz realización se hallaba muy directamente interesada... pues yo era el morador de su establecimiento que figuraba por mayor cantidad en el libro de su capital pasivo.

Un rayo de esperanza iluminó sus grandes ojos azules, sus mejillas se tiñeron de un tinte sonrosado, á sus labios asomó una sonrisa halagüeña, se animó su palabra; y sus modales siempre bruscos, se corrigieron trocándose en distinguidos;... tal es el efecto que causa la esperanza al penetrar de nuevo en un corazón á quien abandona por algun tiempo.

Mi patrona, en fin, cambió de carácter y de fiso-

vuestra fantástica imaginación; ¡si quisierais cuán felices seríamos! Os amo con pasión y ya no quiero la existencia sino con vuestro amor. Os amo desde el primer día que os vi y desde entonces no he cesado de pensar en vos ni un solo instante. Si vos me amarais ¿por qué no habia de poder realizarse ese sueño que tanto os encanta? Despertad de ese letargo, miradme bien y decidme si podría existir una dicha igual á la nuestra. Aislados y olvidados del universo entero en medio de la dulce soledad que nos rodea, correria nuestra vida llena de encantos sin un momento de dolor y de amargura; pero vos no me amais y en mi delirio insano me atrevo á tomar por verdadero lo que solo es ficción y desengaño.—«¿Qué decis, yo no amaros, ¿será posible que digais esas cosas? ¡Dios mio! ¡Dios mio! cuán desgraciada soy. ¿Pues no os he dicho que os amo mas que á mi misma vida? ¿no os he dicho que sin vos me seria insoportable mi existencia, y no os acordais de mis lágrimas, de mis suspiros y de mi dolor en el momento de nuestra separación? ¿no sabeis cuánto me costó aquella funesta partida! ¿Ignorais por ventura cuán largamente pasaban las horas lejos de vos?

¡Ah! ¡Ricardo! no me hagais sufrir por mas tiempo, no abuseis de mi debilidad: si supierais cuántos esfuerzos me costó vuestro fatal viaje, no me hariais esos cargos infundados.—«No, yo no puedo soportar por mas tiempo esta posición que me mata. Ana, sabed que el que está á vuestro lado, que el que estrecha vuestras manos entre las suyas, el que ya no puede vivir sin vos, no es Ricardo como vos creéis, sino un pobre extranjero que os adora; sabed que ese Ricardo, por quien tanto habeis llorado, no puede volveros á ver; interrogad vuestra memoria, recordad cierta carta fatal, y entonces conoceréis lo absurdo y quimérico de vuestras ilusiones.»—¡Gran Dios! el velo que parecia ocultarme ese profundo misterio va descorriéndose ya: ¡con que es cierto! vos

nomía, mas radicalmente que yo habia cambiado de traje.

—Sois hermosa en verdad, murmuré afectando timidez.

—¿No lo habiais reparado hasta ahora? me respondió olvidándose de mi deuda y sonriendo afectuosamente; pues aunque pupilera, aunque inglesa, aunque dura de corazón, aunque hija de un clima glacial, aunque acreedora de su galanteador, Mistress Gaston, que así se apellidaba, era mujer y no podia menos de ser agradecida.

—Tomad asiento, me dijo, aumentando su amabilidad, tomad asiento.

Y me indicó un sillón que se hallaba del suyo mucho mas próximo de lo que convenia á su ausente marido.

Nos sentamos y prosiguió:

—¿Con que poseis ese instrumento tan melodioso que tantas simpatías tiene en el mundo y en particular en mi país?

—Mistress Gaston la respondió, es el instrumento nacional de España, y los hijos de esta nación lo adoptamos desde nuestra niñez para recreo.

—Si yo no temiese incomodaros, añadió despues de guardar silencio algunos instantes, os suplicaria que hoy mismo...

—¿Cáspita, dije para mí, mordéndome los labios; Mistress Gaston quiere que ajustemos cuentas...

Y la interrumpí sin detenerme:

—Cuando gustéis; si quereis, ahora mismo os cantaré los *Toros del Puerto*.

Y eché mano á la guitarra comenzando á mover todas las clavijas á un tiempo, como si me agitase un temblor convulsivo.

Mistress Gaston añadió sonriendo:

—¡Ah! no... no he querido hablaros precisamente de eso.

—Está visto, me dije, que Mistress Gaston quiere emplear contra mis dardos poéticos la inflexible lógica de los números.

Y le pregunté resignado:

—¿Pues de qué queriais hablarme?

—Quería decir que, si tuviérais la amabilidad de darme lección de guitarra y de canto, os lo agradecería infinito.

—Con muchísimo gusto, Mistress Gaston, con muchísimo gusto, exclamé alborozado.

¡Ah! qué discípula me prometo sacar de vos, de vos que sois el tipo en que se personifican todas las artes; de vos cuyo acento se halla dotado de una cadencia y de una flexibilidad pasmosas; de vos cuyos torneados y transparentes dedos parecen hechos para vibrar las cuerdas; de vos cuyo semblante parece el bello original de la mas perfecta matrona que produjera el mejor pincel del mundo; de vos cuyo pecho turgente, cuya cadera y cuya cintura no pudiera imitar jamás el cincel de Fidias! de vos, en fin...

Aquí enmudecí... porque era preciso saltar á los

no sois Ricardito. ¡Ricardo ha muerto! ¡Ah! decidme que me engañais, decidme que quereis vengaros, pero no me digais que Ricardo ha muerto.—¡Pero sí! desdichada, ahora recuerdo.... una tarde.... una carta de Liverpool.... anunciaba.... y sin poder concluir cayó en el suelo pálida como la muerte, y con la frente bañada en sudor. Entonces comprendí á dónde me habia arrastrado mi pasión, y aturdido, sin saber lo que me hacia, creyéndola muerta quizá, la coje en mis brazos para llevarla encima de un sillón. Dí voces á la criada, y con su ayuda pude conseguir volviera pronto en sí; mas no pudiendo soportar la mirada de reconvencción que me dirigia, me alejé de aquellos lugares. Mi frente estaba ardiendo, mi corazón latia con violencia; la noche estaba tranquila y serena; no se oia mas ruido que el que hacia el aire al chocar con las hojas en la enramada. La luna con su pálida luz alumbraba la risueña campiña, y la brisa de la noche me hacia aspirar con afán los delicados perfumes de las flores. ¡Miserable de mí! me decia, ¿qué he hecho? ¿podrá resistir la pobre tan rudo golpe? ¡Ah! aunque recobrára la razón nunca podría amarme, jamás podría olvidar que yo he sido quien desvaneci sus ilusiones. Vivía tan feliz y contenta en su triste desvario, y yo con mi crueldad, con mi horroroso egoismo, he ido á romper los lazos que la unian con el misterio. Si, es menester partir al menos por algun tiempo, quizá la ausencia y la distancia mitiguen los dolores que me atormentan.—No dormí en toda la noche, y á la mañana siguiente escribí una esquela á la tía de Ana, diciéndola que una carta importante me obligaba á marchar á Londres, en donde ignoraba el tiempo que me detendría. Llegué á Londres á las once del mismo día, sin poder apartar de mí ni un momento la triste fisonomía de Ana. No sé los días que permaneci, porque mi espíritu estaba tan abatido, que ni sabia lo que me hacia; pero de lo que nunca podré olvidarme, es la impresión dolorosa que

piés para concluir la descripción y recordé que Mistress Gaston era inglesa...

—Vos me haceis ruborizar, murmuró esta bajando los ojos, vuestra pintura es exagerada.

Y su voz se iba dulcificando á medida que hablaba.

—No hay duda, dije para mí, mi amabilidad es contagiosa.

—¿Os gusta?

—Sí, señor, muchísimo. Y como lo llevais con tanta soltura... es verdad que estareis acostumbrado á él desde la infancia.

Mi pupilera creía sin duda que á los españoles nos llevan á bautizar vestidos de toreros.

—Si, Mistress Gaston, la respondí, yo solo he vestido los demas trajes desde que habito en país extranjero.

—Pues no abandonarlo mas, os lo aconsejo, porque estais con él inmejorable.

—¡Diablo! murmuré fijando en ella una mirada significativa; los fondos de Mister Gaston amenazan baja.

Un campanillazo tremendo puso fin á tan ameno como peligroso diálogo:

Abrieron la puerta y se presentó Mister Gaston, tan inopinada como inoportuna ante nosotros embozado en un almidonado y tieso cuello, cuyas puntas adornaban un rostro frio, serio y de pocos amigos que parecia decirme: «Aquí estais demas.»

Nos saludamos, y Mister Gaston me dijo muy secamente:

—Con que ya sabeis, los comestibles y las habitaciones encarecen cada dia mas, es indispensable que saldemos cuentas ó que desocupéis el cuarto.

—Está bien.

Y me retiré haciendo una cortesía á la inglesa que contrastó ridiculamente con mi traje de torero.

La noche de aquel dia la pasé inquieto, y creo que Mistress Gaston la debió pasar lo mismo. De cómo trascurriera la de Mister Gaston no me ocupé gran cosa, si he de hablar en verdad.

Ignoro, lector, si me hallaba ya completamente enamorado de la matrona inglesa, y si ella lo estaba de mí; lo que sí se decierte es que teniamos razones para ello, porque yo me hallaba en la primavera de la vida y ella en el rigor del otoño, y por consiguiente, yo admiraba en Mistress Gaston la experiencia de que carecia, y esta buscaba en mí la sinceridad que los desengaños del tiempo habian ahuyentado de su corazón.

(Se continuará.)

Director propietario y Editor responsable, D. RAFAEL G. DE VEGA.

MADRID:—Imp. de D. A. Santa Gloom, Dos Hermanas, 49.

me causó una carta de la tía de Ana, en que me decia que su sobrina se hallaba muy enferma, y que me apresurara á volver á la isla si queria volverla á ver. Correr á la estación del ferro-carril y meterme en el primer tren que salió, todo fué cosa de un momento. Las horas, los minutos, y hasta los segundos trascurrian para mí con la mayor lentitud. Al fin, cuando divisé su casa se apoderó de todo mi ser una opresión tan grande, que creí me iban á faltar las fuerzas para llegar á ella. La puerta estaba abierta, y entré sin que nadie me viera. Subí las pequeñas escaleras que conducian á su cuarto, y al ver la puerta medio entornada, me detuve á escuchar. Reinaba un silencio sepulcral. Una lámpara de plata iluminaba débilmente la estancia, y no se oia mas que el acompasado *tic-tac* de la péndola que en el cuarto habia. Un terror inexplicable se apoderó de todo mi cuerpo, y al escuchar las últimas oraciones de los vivos, no pude contener un grito desgarrador. Ana, mas blanca que la nieve, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, yacia reclinada, con un crucifijo en las manos. Su tía, con los ojos hinchados de lágrimas, lloraba amargamente, y el sacerdote con la cabeza reclinada, murmuraba la plegaria de los difuntos.

Me avalancé á su lecho, cogí su mano desfigurada ya por los horrores de la muerte, pero en vano. Todo habia concluido.

Muchos años han pasado desde los sucesos que acabo de narrar; volví á mi patria al lado de mi familia; pero aun ahora, en medio de las vicisitudes y desengaños, de la vida, creo ver allá á lo lejos la sombra pálida de mi inolvidable Ana.

PROSPECTO.

FIGARO,

PERIODICO COMICO, CRITICO-SATIRICO.

PUBLICACION ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz en igual forma y tamaño que el presente número, SEIS veces al mes, sin dia determinado desde Febrero próximo pasado. Las suscripciones se contarán desde el dia 1.º

Condiciones de la suscripcion.

Aunque su principal objeto es la crítica, publicará tambien artículos serios de literatura y artes; poesias selectas de los mas conocidos autores modernos, y cuanto pueda interesar ó entretener á sus lectores; todo enriquecido con excelentes grabados y caricaturas.

Sus precios de suscripcion serán: 6 rs. al mes y 16 por trimestre en Madrid: 8 y 20 respectivamente en provincias, y 40 el trimestre en extranjero y tramar. FIGARO anunciará y hará el análisis de cuantas

obras le sean remitidas por sus autores, pero siempre en el tono que le parezca mas conveniente.

Tambien publicará á precios convencionales y equitativos anuncios y comunicados.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid: En la Administracion calle de Alcalá, 18 y 20.

Y en las librerías *Americana*, calle del Principe, número . 25; *C. Moro*, Puerta del Sol, 5, y 7; *Leocadio Lopez*, calle del Cármen, 29; *Durán*, Carrera de San Gerónimo; *Cuesta*, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

<i>Alicante</i> , Pedro Ibarra.	<i>Granada</i> , Gerónimo Alonso.
<i>Andújar</i> , Cárlos Brunet.	<i>Málaga</i> , Ramon Párraga.
<i>Almería</i> , Mariano Alvarez.	<i>Murcia</i> , Rafael Almazan.
<i>Badajoz</i> , Viuda de Carrillo.	<i>Palencia</i> , Gerónimo Camazon.
<i>Barcelona</i> , Salvador Manero.	» Heredia hermanos.
» Herederos de la Viuda de Mayol.	<i>Sevilla</i> , Antonio Alvarez.
<i>Bilbao</i> , Tiburcio de Astuy.	<i>Valencia</i> , Juan Mariana y Sanz.
<i>Búrgos</i> , Sgo. Rodriguez Alonso.	<i>Valladolid</i> , Hijos de Rodriguez,
<i>Cádiz</i> , Filomeno Arjona.	» José Melgar.
» Verdugo y Morillas.	<i>Zaragoza</i> , Miguel Casañet.
<i>Cartagena</i> , Benito Moreno.	» Ignacio Valentin, Redac-
<i>Coruña</i> , Francisco de P. Añino.	cion de <i>El Avisador</i> .
	<i>Zamora</i> , Mateo Revilla.

SECCION DE ANUNCIOS.

FÁBRICA DE CALZADO

DE LA

VIUDA DE BALTAR,

Mayor, 50.

En este establecimiento, que cuenta 26 años de gran reputacion, se construye toda clase de calzado, tanto de señora como de caballero, desde los precios mas infimos, hasta la clase mas superior. Se hacen botas de montar á la inglesa y polainas para caza, empleando los mejores materiales que vienen del extranjero.

CALENDARIO

AGRICULTOR Y GANADERO

PARA 1862

REDACTADO POR

D. Domingo de la Vega y Ortiz.

No hemos dudado en confiar la redaccion de este calendario al Sr. Vega y Ortiz, que ya ha publicado otros semejantes en los años anteriores, por ser una de las personas mas entendidas en esas materias, y cuyos trabajos le han valido la justa reputacion de que goza.

El *Calendario del agricultor y del ganadero* será de igual tamaño y forma que los anteriores, y además de lo mas importante de los otros, contendrá entre otras materias las siguientes:

Calendario del labrador y del ganadero, labores y cuidados de cada mes.—Refranes agrícolas.—Pronósticos agrícolas para 1862.—Pronósticos meteorológicos para 1862, etc.

Se vende en la librería de *Moro*, Puerta del Sol, núm. 7.

LA MADRE DE FAMILIA,

DIALOGOS INSTRUCTIVOS.

sobre la Religion, la moral y las maravillas de la Naturaleza,

por la señorita

DOÑA JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

Se vende en Madrid á 4 rs. en la Imprenta del Editor *D. Anselmo Santa Coloma*, calle de las dos Hermanas, núm. 19; y en las librerías de *D. Victoriano Hernando*, calle del Arenal, número 11; *Leocadio Lopez*, calle de Carretas; *Villaverde* id., núm. 4, y en casa de la *Autora* calle de San Marcos, número 20, cuarto tercero, á donde podrán dirigirse los pedidos.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

EDICION DE GRAN LUJO.

con profusion de láminas grabadas en cobre, y la vida del inmortal autor,

ESCRITA NUEVAMENTE CON GRAN COPIA DE DATOS

POR

DON GERONIMO MORAN.

PROSPECTO.

Entre las muchas ediciones publicadas, tanto en España como en el extranjero, del precioso libro que hoy anunciamos, poquíssimas corresponden á la alteza del peregrino ingenio cuyo nombre ha sido adoptado por gala y excelencia para el hermoso idioma castellano.

Nosotros, apasionados de CERVANTES y admiradores de la obra sin par que le coloca á la cabeza de los ingenios de todo el orbe pertenecientes á la edad media y los tiempos posteriores, pretendemos llenar en parte tan lamentable vacío añadiendo una mas á las escasas impresiones monumentales que se conocen del INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA. Para llevar á cabo tan buen pensamiento hemos tenido la honra de que el primer Cuerpo literario del país, la *Real Academia Española*, nos haya dispensado su alta proteccion facilitándonos generosamente las planchas de las hermosas láminas con que exornó la magnífica edicion que hizo en 1780, cuyos ejemplares son ya por lo raros, muy costosos. Estos grabados excelentes, debidos en gran parte á los buriles de *Selma* y de *Carmona*, darán tambien esplendor á la nueva impresion que hoy ofrecemos al público, cuyo favor no dejará de asistirnos en tan patriótica tarea. El texto de la fábula

será el mas puro y correcto que se conoce: la impresion de la obra y la estampacion de las láminas se está verificando en virtud de real orden, y con gran dispendio por nuestra parte, en la Imprenta Nacional y en el establecimiento de Caleografía unido á la misma dependencia; y finalmente, á la *Vida* de CERVANTES, redactada con el mas esquisito esmero, seguirá una interesante noticia de todas las ediciones del QUIJOTE publicadas en el siglo actual, y de cuantas nos sea posible reunir pertenecientes á los anteriores; único atrevimiento que nos permitimos, temiendo todavia faltar al sagrado respeto que tan gran escritor y tan renombrado libro se merecen.

Vida de CERVANTES acompañará un retrato del mismo.

Se publicarán cuatro entregas mensuales, al precio de diez reales cada una. El reparto, sin embargo, se verificará cada quince dias, de dos en dos entregas, las cuales contendrán cuatro pliegos de impresion; con treinta y dos páginas de texto, y cuando menos una lámina.

La suscripcion puede hacerse tambien por cuadernos de sesenta y cuatro páginas y las láminas correspondientes, al precio de cuarenta reales cada uno.

PUNTOS UNICOS DE SUSCRICION.

Librería Americana, calle del Principe, núm. 25, y en la estamperia de la Imprenta Nacional, calle de Carretas.

A las provincias no se servirán mas pedidos que los que vengan acompañados del importe de uno ó mas cuadernos.

BASES DE LA PUBLICACION.

Toda la obra constará de ocho á diez cuadernos en fólío, impreso en papel y tamaño como el de este prospecto, y de gran número de láminas, además de algunos notables grabados intercalados en el texto. A la

DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA

POR D. L. MARTY CABALLERO.

Este Diccionario es el mas manejable y completo, el mas intelígible y sucinto en sus definiciones, pues contiene todas las frases y locuciones familiares, las de las ciencias, artes y oficios, Historia, Geografía y Mitología; el nombre de todas las ciudades y pueblos de España, etc.

Consta de dos tomos en fólío que se venden á 60 rs. en la librería de D. Leocadio Lopez, Cármen, 29.